

LAS FUENTES CLÁSICAS  
Y LOS LIBROS DE CABALLERÍAS:  
EL CASO DE FELICIANO DE SILVA

*Lluís Pomer Monferrer & Emilio Sales Dasí*  
Universitat de València

---

Quién hiziera a los valerosos romanos tan pujantes de corazón, tan atrevidos en fuerças, tan valerosos en triunfos, tan esclarecidos en moral filosofía.  
(Esteban Corbera, *Febo el Troyano*)

Según reza en su Testamento, entre las pertenencias que Feliciano de Silva legó a sus herederos, podía encontrarse “un arca llena de libros en romanze y en latín” (Alonso Cortés, 1933: 396)<sup>1</sup>. La posesión de una biblioteca personal más o menos populosa no garantiza en ningún modo la lectura de dichos textos, pero en el caso del regidor de Ciudad Rodrigo se convierte en una prueba de las aficiones literarias de un personaje del que se dice que tuvo que recurrir en algunas ocasiones a la venta de sus propiedades para poder satisfacer su interés hacia la lectura. De algún modo, Feliciano de Silva se adelantó varias décadas a esa inmortal figura salida de la pluma de Cervantes para costear con la venta de su patrimonio la compra de libros. Claro que al mirobrigense esa pasión por la lectura no le acarrió tanto problemas mentales como dificultades económicas. A cambio de estos sinsabores, Silva supo rentabilizar su inversión transformándose en uno de los escritores de mayor éxito en el siglo XVI. Autoridad venerada dentro del género de los libros de caballería junto a Garcí Rodríguez de Montalvo, responsable último del *Amadís de Gaula*, su aventura celestinesca sirvió, además, de puente para la aparición de nuevos continuadores de la tragicomedia de Fernando de Rojas. Feliciano de Silva fue, por tanto, un escritor consciente de sus posibilidades y sus objetivos: unas posibilidades que estaban asentadas sólidamente en su ímpetu lector y unos objetivos que apelaban al público a través de la promesa de la diversión y el disfrute lúdico de la literatura.

Una primera caracterización de Silva como escritor lo aleja de esos literatos improvisados que acudieron a la ficción caballescica para trasladar sobre el papel sus anhelos de gloria y acción. Feliciano de Silva no era ni un

---

<sup>1</sup> Estas y otras referencias biográficas a Feliciano de Silva están recogidas en Sales Dasí (2002: 9-12).

notario, ni un clérigo, ni un noble ocioso que se dedicaba a las tareas literarias para llenar sus ratos de ocio. Tampoco respondía a la azarosa llamada de la inspiración para aprovecharse del éxito del que gozaba el género caballeresco entre los lectores peninsulares. Silva sabía muy bien lo que hacía, y aunque empezó muy joven, con el *Lisuarte de Grecia*, siguiendo a pie juntillas la estela de los cinco primeros libros del *Amadís*, con su *Amadís de Grecia* ya deja constancia de su talla como escritor. Un personaje que va a buscar por todos los medios la originalidad, la sorpresa o la admiración, adelantándose en muchos sentidos a otras experiencias literarias que dominarán el panorama renacentista. Así, por ejemplo, en su *Amadís* introducirá unos episodios pastoriles que preceden al florecimiento de los relatos bucólicos. Y algo similar podría observarse con respecto a otros motivos y tradiciones. Todo ello, porque él estaba muy al tanto de las novedades artísticas que circulaban en su época. Una de estas tendencias es la revitalización del mundo clásico a partir de las corrientes humanísticas cuya impronta se percibe desde el siglo XV. No es que los medievales se hubieran olvidado de los autores griegos y latinos, sino que, en lo que se ha venido en llamar el otoño de la Edad Media, la fascinación hacia tales figuras se vio acompañada de traducciones, comentarios y referencias múltiples. En cierta medida, Silva participa de este ambiente tal y como lo demuestra en sus relatos caballerescos y en su *Segunda comedia de Celestina*.

En los prólogos de algunas de sus obras ya se observa el respeto que Silva profesa hacia escritores de la talla de Homero, Plutarco, Demóstenes, Tulio Cicerón, Virgilio, Séneca, Plauto y Terencio. La mención de estos personajes responde entonces a las pautas habituales del exordio, esto es, según las intenciones concretas del autor, la historia de los antiguos sirve, por lo general, como eje de referencia para contrastar las dimensiones de la historia fingida<sup>2</sup>, mientras que los transmisores de las gestas del pasado se mencionan de forma casi siempre interesada. En todo caso, tanto los protagonistas de cualquier hecho digno de mención como los cronistas de tales sucesos están implicados en una tarea común: si unos trabajan por la fama, ésta depende en gran medida del relato que de sus gestas realicen los autores. Puesto que la responsabilidad de estos últimos es considerable, Silva, al igual que harán otros escritores del género, se siente continuador de esa magna tarea que consiste en legar para la posteridad las hazañas de sus caballeros. Así se

---

<sup>2</sup> La idea de la "historia fingida" es formulada en el Prólogo general del *Amadís de Gaula* por Garci Rodríguez de Montalvo. Según este autor se corresponde con crónicas "en que se hallan cosas admirables fuera de la orden de natura" (1987-1988: 223), textos poco verosímiles que contrastarían con aquellas historias más dignas de crédito como las escritas por Tito Livio "para ensalçar la honra y fama de los sus romanos" (p. 221). Sobre el concepto de la "historia fingida" puede consultarse a Fogelquist, 1982 y a Mérida Jiménez, 1999.

entienden las razones del “gran sabio Alquife”, ficticio cronista del *Amadís de Grecia* y *alter ego* narrador de Silva:

Si los grandes hechos de aquellos valientes Éctor y Archiles con los de los hazañosos romanos por su valor tanta inmortalidad de fama pusieron, no sólo a los que para lançar a tal gloria a tantos y tan grandes peligros las vidas ofrecieron, más aún aquellos que con polidas y elocuentes razones con la pluma quisieron sostener con inmortalidad su acabada fama, como las elegantes poesías del poeta Homero nos dan testimonio, con las polidas y delgadas razones de la lengua de Tulio glorioso matiz en su delgado y alto saber. Cuánto más, soberano rey de la Gran Bretaña, los vuestros grandes y hazañosos hechos, e de aquellos excelentes príncipes que de vos vinieron deven de gozar de tal privilegio (“Prólogo del coronista Alquife”, f. ii)<sup>3</sup>.

De acuerdo con los argumentos esgrimidos por el supuesto narrador en este prólogo dedicado al rey Amadís de Gaula, la fama la consiguen en gran medida tanto los seres reales como los personajes de ficción gracias al buen hacer de un cronista cualificado en estas lides<sup>4</sup>. ¿Y qué mejor modelo podía tener Silva o sus dobles literarios que aquellos famosos poetas e historiadores de la antigüedad clásica? Tales individuos vuelven a aparecer en el proemio de la *Parte cuarta* del *Florisel de Niquea* en donde el autor dedica su obra a la infanta doña María, hija de Carlos V, realizando un caluroso encomio de las gestas del emperador:

¡O, serenísima señora!, ¿quién tuviese la lengua de Tulio con su elocuencia, junto con la de Demóstenes? ¿quién el verso de Homero, con el de Vergilio, para con los pinceles de tal elocuencia figurar, dibuxar y sacar al vivo la imagen del invictísimo César con los colores tan subidos de sus virtudes? (f. ii’).

Según las circunstancias, el autor tenderá a sobrepajar a figuras reales y a seres eminentemente literarios. No obstante, el vínculo establecido con el pasado permanecerá inamovible. Ahora bien, ¿cuáles son esos hechos antiguos que Silva trae a colación en diversos pasajes de sus textos caballerescos o en su continuación de *La Celestina*? Fundamentalmente, el de Ciudad Rodrigo se hace eco de dos tradiciones básicas: por un lado, la

---

<sup>3</sup> En lo sucesivo para todas las citas se indica entre paréntesis en el siguiente orden: parte, libro, capítulo y folio o página.

<sup>4</sup> El autor de los libros de caballerías suele adoptar el papel de cronista, atribuyéndose un papel de historiador que viene favorecido por el hecho del desplazamiento que a lo largo del medievo había sufrido el concepto de *estoria*: “estoria deja de significar obra historiográfica para convertirse en sinónimo de narración, de cualquier orden y sobre cualquier tema” (Gómez Redondo, 1989: 7).

historia de los “romanos”, y, por otra parte, la materia troyana iniciada por Homero con su *Ilíada*, pero difundida exitosamente durante la Edad Media y también el renacimiento español. Junto a estas materias, cuyo cuño medievalizante o renacentista es muchas veces difícil de precisar, piénsese que a finales del xv el humanismo castellano compatibilizaba el deseo de rescatar el retrato auténtico de los héroes del pasado, a partir de los textos antiguos, con la afición hacia los textos medievales, especialmente hacia la *Crónica troyana* (Lawrance, 1986: 78), no deberán olvidarse las varias referencias destiladas sobre la figura del príncipe macedonio Alejandro el Magno. Por motivos de extensión, nos dedicaremos, fundamentalmente, en las páginas sucesivas a un análisis de las alusiones a la materia romana.

Digamos, en principio, que dichas referencias empiezan a ser habituales a partir del *Amadís de Grecia*, siendo más abundantes en su última continuación de la saga iniciada por Rodríguez de Montalvo, la *Cuarta parte del Florisel de Niquea*. Estas menciones no siguen ningún patrón que permita hablar de un uso sistemático de esas anécdotas clásicas. Podemos encontrar los mismos ejemplos repetidos en sus distintos textos caballerescos, e incluso un mismo episodio pasa sin problema alguno del molde formal de la crónica ficticia al contexto de la comedia. Cualquier parlamento, cualquier diálogo o cualquier arenga militar son situaciones propicias para que los personajes se remitan al pasado para recordar algún hecho valeroso o alguna actitud notable, sobre todo de los romanos, e introducirlo en su discurso como ilustración o apoyo de las argumentaciones de los personajes. Y es que conforme evoluciona literariamente el autor de Ciudad Rodrigo sus criaturas se vuelven más discursivas y hablan hasta la saciedad, enlazando unos parlamentos y unos monólogos aliñados casi siempre por una tendencia hacia el retoricismo contundente. Se trate de caballeros, de damas, de reyes o de pastores, los seres de Silva no pueden contener su capacidad verbal y retórica, siendo común a todos ellos el hecho de que utilizan indiscriminadamente la tradición retórica, sea cual sea su hipotética condición social y sus correspondientes conocimientos culturales. Aunque uno de los propósitos más destacados de la narrativa y la dramaturgia de Silva es el de intentar analizar cualquier tema, fundamentalmente el amoroso, desde puntos de vista diferentes, desde perspectivas antagónicas que oponen a los personajes en función de su sexo o de su categoría social, este escritor todavía no ha conseguido dar el salto cualitativo que experimentará la literatura en manos de autores como por ejemplo Cervantes<sup>5</sup>. Si aceptamos

---

<sup>5</sup> En opinión de Baranda (1988: 89) en la *Segunda Celestina* la “variedad de niveles de lengua sirve de soporte al juego de simetrías y oposiciones que hay entre los personajes; es decir, la forma de expresión se utiliza para diferenciar los estamentos sociales, está al servicio de la caracterización de los interlocutores”. A pesar de esa variedad de registros lingüísticos, la casi totalidad de los

que los caballeros o los príncipes conocen la historia romana o algunos episodios biográficos de la figura de Alexandre, dado que muchos de ellos se han educado en materias como la oratoria<sup>6</sup>, más difícil resulta creer que en la *Segunda Celestina* el criado Sigeril se transforme en improvisado filósofo para recordarnos el tópico renacentista de la *aurea mediocritas*: “Todos los extremos son viciosos, y en el medio hallaron los sabios que consistía la virtud. Y la mayor virtud es rehusar las riquezas”(XXX Cena, p. 430). Todos los personajes de Silva recurren por igual a la materia antigua, pero, lógicamente, por razones numéricas y de protagonismo actancial, serán los que ocupan una posición social más elevada quienes manejen estos ejemplos de forma más habitual.

Constatado a grandes rasgos el interés de Feliciano de Silva hacia la materia antigua, cabría preguntarse sobre el carácter más medieval o más renacentista del escritor de Ciudad Rodrigo. La cuestión es sumamente difícil. Recuérdese por un lado que, por ejemplo, las menciones del personaje de Alejandro Magno recogen unas ideas, más o menos recurrentes, que la literatura medieval enfatizó hasta el punto de convertir al príncipe macedonio en una figura paradigmática. Así ocurre al hablar de su fortaleza, entendida como capacidad de dominio de sí mismo: “la mayor fortaleza de todas es forçarse el fuerte a sí mismo, e si d’esto quieres exemplo, en aquel gran rey Alexandre lo puedes tomar, e la mayor fortaleza que atribuida le es en cuantas en el mundo hizo fue en todo forçar sus inclinaciones naturales” (AG, II, XII, civ<sup>v</sup>), de su soberbia: “donde no me queda otra esperança sino de ser derribado como aquel Alexandre Magno que con semejante soberbia que la mía del cielo subiendo a él las aves quemadas fue derribado” (FN I, LIV, xcix<sup>x</sup>), o de la misericordia mostrada con los vencidos: “Haze la mayor el perdonar, tanto más quanto mayor fue el rigor para usar de la clemencia, la cual gloria no pocó acrecentó al rey Alexandre, con las lágrimas vertidas en la prisión de la muger de Darío y sus hijos” (FN IV, I, LXXXVII, cxxviii<sup>v</sup>). Por otra parte, es muy posible que Silva tuviera una formación universitaria, adquirida en Salamanca, que le permitiera estar familiarizado no sólo con la lectura de los autores clásicos, sino además con la de aquellos manuales que se utilizaban para el aprendizaje de las artes retóricas. En cualquier caso,

---

personajes parece poseer los mismos conocimientos de la historia antigua, a pesar de su mayor o menor grado de formación cultural.

<sup>6</sup> Agesilao, caballero protagonista de la *Tercera parte* del *Florisel de Niquea*, recibe una educación que combina el adiestramiento militar con otras materias de corte más humanístico. Dice el narrador que “fue amigo en la niñez de los estudios de la filosofía y de saber las más lenguas que pudo, especial la griega y latina, y alabava mucho los que en ella fueron grandes oradores” (I, 8). Posteriormente, fue llevado “con mucha autoridad a los estudios de Atenas”, donde se ocupa entre otras cosas en concursos de oratoria (XIV, 38).

habrá que pensar también que Silva era un individuo muy permeable a cualquier moda artística y literaria que circulara en su tiempo.

En efecto, independientemente de su conocimiento del latín –no podemos siquiera plantearnos el del griego, ello sin detrimento para el mirobrigense–, las referencias clásicas de Silva denotan unas fuentes que son las habituales en los escritores de la época: las antologías, enciclopedias, inventarios, llámeseles como se quiera, que servían de manual práctico para poner la nota erudita. Ya conocidos en la Edad Media, el invento de la imprenta favoreció la difusión de estos repertorios entre los círculos literarios de la época. En el Medioevo se preferían las colecciones de fábulas o proverbios propios del carácter didáctico de la retórica y la pedagogía de esta época, compendios morales escolásticos en que la tradición grecorromana era uno más de los ingredientes, pero con el cambio de estas disciplinas característico del humanismo recuperan el valor que tenían en la Antigüedad Clásica los *apophthegmata*, sentencias breves atribuidas a algún personaje ilustre en que se introduce la situación y el personaje y se reproducen sus palabras, que los tratadistas de retórica incluyeron en sus *progymnasmata* o *praexercitamina*<sup>7</sup>. Los estudiantes de humanidades de época renacentista, como en la época grecolatina, aprendían retórica con estos manuales, junto con los grandes tratados de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano. Los ejercicios preparatorios que más importancia tuvieron en la Antigüedad fueron los de Teón (s. I), los de Hermógenes (s. II) y, sobre todo, los de Aftonio (s. IV), de gran difusión en el ámbito hispano, como demuestran sus numerosas reediciones. Uno de los tipos de narración era la *χρεία*, dicho o acción breve atribuido a un personaje, que podía ser verbal, activa o mixta<sup>8</sup>. El apotegma era una parte constituyente de la misma incluido en la verbal o mixta, pero con el tiempo pasó a designar el dicho breve de carácter grave y se convirtió en un género literario prestigioso en las literaturas nacionales. De este modo, a partir del Renacimiento se crea una literatura apotegmática con el apoyo de la preceptiva retórica antigua, y es propio del humanismo el empleo de los apotegmas en las obras literarias como síntoma de erudición; su empleo es muy útil, pues se trata de anécdotas fáciles de memorizar y de aprender, y figuraban en florilegios y antologías, siendo “l'aliment spirituel et rhétorique des étudiants en humanités” (Blecua, 1979: 122), como probablemente lo fue Silva en su juventud.

<sup>7</sup> El término griego *progymnasmata* se consolida para designar los ejercicios preparatorios de retórica, y *praexercitamina* es la traducción al latín hecha por Quintiliano, que prevalece en la Edad Media y el Renacimiento.

<sup>8</sup> Tanto para la definición como para la clasificación, cf. Teón, *Prog.* 96-99; Hermógenes, *Prog.* 6; Aftonio, *Prog.* 3-4. Se puede consultar la traducción de Reche (1991: 105-109; 179; 219-220).

Las dos grandes colecciones de apotegmas son la de Valerio Máximo, que clasifica su obra sobre hechos y dichos memorables temáticamente para facilitar a los oradores la consulta de los *exempla* extraídos de escritores anteriores, y la de Plutarco con las *Vidas*, obra biográfica escrita con una finalidad moral, no histórica, y los *Moralia*, nombre que la tradición medieval ha otorgado a un extenso legado de tratados de temática variada, sin otro nexo que su moral práctica y de sentido común<sup>9</sup>. Pero su difusión en Occidente es bien distinta. El primero fue conocido y apreciado ya en la Edad Media, como pone de relieve la importante traducción al catalán de Antoni Canals de finales del s. XIV, en cuyo prólogo su autor reconoce que ya existían otras anteriores a la suya, y que a su vez sirvió de fuente a otras castellanas. La tradición plutarquea es, en cambio, posterior: “Or, parmi les grands écrivains moraux classiques, un seul était resté complètement inconnu du Moyen Age occidental et ne put être lu qu’à la fin du XIV<sup>e</sup> siècle. Je fais allusion évidemment à Plutarque dont on ne connaissait qu’un petit traité apocryphe et la légende sur son magistère (*l’Institutio Trajani*)” (Blecuá, 1979: 121). Su penetración en Occidente se inició mediante una traducción al aragonés de las *Vidas* encargada por Juan Fernández de Heredia a Avelino Álvarez Rodríguez, de finales del s. XIV, cuya importancia reside más en su divulgación que en su valor intrínseco, pues es en parte un resumen. Para el siglo posterior es básica la íntegra de Alonso Fernández de Palencia, publicada en 1491 en Sevilla<sup>10</sup>. Pero la infinidad de anécdotas y datos que suministraba atrajo fuertemente la atención sobre su extensa obra, lo que le convirtió en uno de los autores más traducidos y editados desde comienzos del s. XVI, y huésped habitual de las bibliotecas de la nobleza y la burguesía de la época, fruto del auge de las traducciones a las lenguas vernáculas como camino de recuperación de la Antigüedad grecolatina propio del Renacimiento, entre las que cabe destacar la de los *Moralia* de Gracián de Alderete al castellano de 1533. No es ajena a esta difusión la personalidad de Erasmo, que introdujo la obra moral en Occidente mediante la traducción de varios de sus tratados, la participación en la *editio princeps* del texto griego de los *Moralia*, o la publicación de los *Apotegmas* y los *Adagia* con materiales extraídos fundamentalmente de Plutarco.

Casi todas las anécdotas y los personajes históricos romanos empleados por Silva se encuentran en estos dos autores. No podemos esperar encontrar referencias ni citas concretas de los grandes autores clásicos, como ocurre en

---

<sup>9</sup> Aunque hay una colección de *Apotegmas*, que reciben ese nombre, integrados en los *Moralia*, que son una sucesión encadenada de elementos apotegmáticos, de carácter esquemático, la parte más importante se encuentra integrada en su obra biográfica.

<sup>10</sup> Sobre tal traducción, cf. Lasso de la Vega (1961-62: 471-483) y López Férez (1994).

humanistas de la talla de Luis Vives que escribieron su obra en latín, dotados de un excelso conocimiento de la lengua y literatura clásicas. Los hechos y los dichos de los personajes de la historia romana se convierten en un espejo en que se pueden y se deben inspirar los caballeros de la ficción literaria y, por extensión, los lectores de la misma. A pesar de que es muy difícil una catalogación temática, sí que se puede observar una tendencia por parte del autor hacia episodios cuya ejemplaridad reside en la decisión que toman determinados personajes situados ante situaciones extremas. Casos en los que destaca el valor de hombres y mujeres del pasado que ponen en juego su propia vida para mantener intacta su honra o para anteponer el beneficio de la república a su propia libertad. Muchos de ellos son de la época que podemos llamar “legendaria” de la historia de Roma, que abarca su fundación y la consolidación hegemónica respecto a sus vecinos de la Ciudad Eterna, y forman parte de una tradición histórica de carácter analístico<sup>11</sup> cuyas principales, y casi únicas fuentes de las que disponemos actualmente, son un autor en lengua griega, Dionisio de Halicarnaso, y otro en lengua latina, Tito Livio, pero que encontramos diseminada por los grandes autores clásicos de los más diversos géneros literarios y, por supuesto, en Valerio Máximo y Plutarco con un finalidad moral, no histórica. Vamos a realizar un repaso cronológico de estos personajes y los hechos en los que se vieron involucrados, la mayoría de los cuales tienen una base histórica, si bien los más antiguos están envueltos en un halo legendario, como ocurre con los orígenes de todos los pueblos.

La república romana se inició con la expulsión de los reyes etruscos a finales del s. VI a. C., el último de los cuales fue Tarquinio el Soberbio. Cuenta la tradición que el suicidio de Lucrecia a raíz del ultraje que padeció a manos del hijo de aquél fue origen de la insurrección que acabó con la mencionada expulsión<sup>12</sup>. Su comportamiento es motivo central de debates en los que las criaturas de Silva dirimen la talla de su proeza al defender por cualquier medio su honra. Nombrada por Plutarco en *Publ.* 1, 3, es el primer modelo de castidad de Valerio Máximo, que la califica como *dux romanae pudicitiae* (6, 1, 1), y único femenino. Tras la expulsión de los Tarquinos, el rey etrusco Porsena sitió Roma. Tres de los personajes romanos que llevaron a cabo actos heroicos en la defensa fueron Mucio Escévola, Horacio Cocles y Clelia. La narración de sus actos valerosos se halla en Plutarco (*Publ.* 16, 6-9), Livio (2, 10-13) y Dionisio de Halicarnaso (5, 24-35). Del primero, que

---

<sup>11</sup> Los *Annales* eran los primeros relatos históricos de que tenemos noticia, escritos a partir de finales del s. III a. C., basados en fuentes orales y conocidos por nosotros por citas posteriores.

<sup>12</sup> La encontramos desarrollada en Tito Livio 1, 58; Dión Casio 2, 13-19; Dionisio de Halicarnaso 4, 64-67. Cicerón la menciona en *Rep.* 2, 25, 46.



recibe los nombres de Nuncio Cébola y Mucio Scevola, se recuerda que se quemó el brazo al intentar asesinar al rey Porsena, ganando la gloria “por aver errado el golpe, abraçando su braço, resistiendo con la voluntad de su virtud al dolor de los encendidos fuegos que le abrasavan sin sufrillo” (FN IV, XLVI, lvi<sup>f</sup>; FN II, XII, clvi<sup>f</sup>); en Valerio Máximo es ejemplo de *patientia* (3, 3, 1), y los otros dos de *fortitudine* (3, 2, 1 y 3, 2, 2). A Horacio Cocles no se le nombra sino como “aquel romano que a caballo y armado se lançó en la sima” (FN I, XXXIV, lii<sup>v</sup>) o “aquel romano que armado en el lago se lanzó” (FN II, XII, clvi<sup>f</sup>). De Clelia dice que, huyendo de Porsena, “la romana donzella Cloelia [que] passó el Tiber en la yegua” (FN IV, I, XXI, xxiv<sup>v</sup>).

Contra los sabinos luchó Sicio Dentato en 454 a. C., empleado como término de comparación: “Lucio Sico Dentato pudo entrar ante los grandes triumphos consulares en Roma” (FN IV, I, LXI, lxxxi<sup>v</sup>). Último ejemplo de *fortitudine* para Valerio Máximo (3, 2, 24), que proporciona unos datos numéricos sobre su heroísmo ciertamente inverosímiles, así como sobre sus galardones, superiores a los de los generales, que coinciden con los de Dionisio de Halicarnaso (10, 36-39)<sup>13</sup>, pues Tito Livio (3, 43) se limita a narrar su muerte, traicionado por orden de los decemvros por haber intentado sublevar a los soldados, como ejemplo de crimen abominable, sin siquiera asignarle el apodo. También en el relato de su muerte Dionisio de Halicarnaso agranda su figura, atribuyéndole en la refriega la muerte de quince y el haber causado heridas al doble (11, 26-27). Un siglo posterior es un héroe de las guerras latinas, Manlio Torcuato, cuyo castigo a su hijo por desobedecer sus órdenes y entablar combates singulares (340 a. C.) le valió el apodo de “Imperioso” y le convirtió en ejemplo de severidad para muchos autores, entre ellos, por supuesto, Plutarco: *Fab.* 9, 2 y *Mor.* 308 E, y Valerio Máximo, para quien es modelo de *disciplina militari* (2, 7, 6). Aparece en distintos relatos de Silva: “aquel Torcato que de su propio hijo hizo a su limpieza sacrificio por sólo traspasar la ley por él puesta” (AG, II, XXXIV, cxlix<sup>f</sup>; FN I, XV, xxvi<sup>v</sup> y XLII, lxviii<sup>f</sup>).

En la primera guerra púnica, Régulo, después de ser capturado por los cartagineses, fue devuelto a Roma y, en lugar de seguir las directrices que éstos le habían marcado, animó a los romanos a no seguir sus propuestas, pero cumplió su palabra y volvió a Cartago, donde fue torturado y ejecutado. Por ello es, para los romanos, modelo de *fides*, que podemos definir como lealtad en las relaciones entre los hombres. Para Valerio Máximo es ejemplo de *religione* (1, 1, 14), porque la *fides* no es sino una manifestación de la

<sup>13</sup> Por ejemplo, ambos hablan de un número de 120 batallas, y, aunque en el texto de Dionisio de Halicarnaso hay una laguna, coinciden datos como la cantidad de coronas de cada clase que recibió, pues cada acto heroico recibía un tipo de galardón especial: tres por haber escalado un muro, catorce por haber salvado la vida a otros tantos ciudadanos, 18 lanzas, etc.

*pietas*, que abarcaba todas las obligaciones de un hombre con respecto a los dioses, la patria, la familia y los amigos. En la *Segunda Parte del Florisel de Niquea* se destacarán sus hechos, porque “la de su persona puso por la libertad de su república” (XII, clvi<sup>f</sup>) y “por el bien de su patria contra sí dio el consejo” (XXVII, clxxi<sup>v</sup>).

Avanzando en el tiempo, Marco Cesio Esceva formaba parte del ejército de César. De él consignará Silva que: “pudo un pobre centurión como Sceua en el ejército cesáreo, defendiendo el baluarte en el escudo de la honra sostenerse, atravesado con ciento y más tiros de flechas y lanças arrojadas, y con el cuerpo despedaçado esperó antes a rendir la vida que a rendir el cuerpo por defender la honra de César en la suya, casi siendo vencedor de todo el ejército de Pompeyo que le combatía” (FN IV, II, 1, ii<sup>v</sup>). Nombrado en Plutarco, *Caes.* 16, 3-4, es modelo de *fortitudine* para Valerio Máximo (3, 2, 23), quien coincide con los *Commentarii* del propio César en que recibió el impacto de 120 flechas, si bien el relato del segundo es mucho más fiable. Mientras que a los escritores morales no les importaba en exceso la verosimilitud del relato siempre y cuando sirviera a su adoctrinamiento moral, el dictador gustaba dar una apariencia de objetividad y su obra es más “histórica” en el sentido moderno del término. Por eso César describe que el escudo de su lugarteniente tenía 120 impactos pero nada dice de terribles heridas, a diferencia de Valerio Máximo, que añade a la información que cayó herido en la cabeza, el hombro, y el muslo y con un ojo fuera de su órbita.

Feliciano de Silva destaca también la fama de aquellas esposas cuya modélica lealtad al marido era algo más que un acto de compañerismo conyugal, recuérdese a “la ilustre romana Porcia, cuando se hirió por participar la parte del cuidado que Bruto su marido no le dava en el secreto que tenía en la conspiración para la muerte de Julio César” (FN IV, I, xxx, xxxiii<sup>v</sup>). Esta anécdota de Porcia, doblemente anticesariana por ser mujer de Bruto e hija de Catón de Útica, asesino y enemigo acérrimo respectivamente del dictador, aparece en Valerio Máximo 3, 2, 15, donde es modelo de *fortitudine*, y en Plutarco, *Brut.* 13. Su padre aparece en varias ocasiones como ejemplo por suicidarse antes de caer en manos de su enemigo. En el *Amadís de Grecia* (II, xxxiv, cxxvi<sup>f</sup>) se lee que “la mayor bondad que aquel excelentísimo César alcanzó, por donde se le siguió la mayor honra, fue Catón matarse por no dalle la gloria que César avía de ganar en el perdón que d’él esperaba viniendo a su poder”; y en la *Segunda parte del Florisel* (xx, xxxiv<sup>v</sup>): “como aquel Catón que por no venir a manos de la clemencia de su contrario César se mató”. Su suicidio aparece en Valerio Máximo 3, 2, 14, como ejemplo de *fortitudine*, y en Plutarco, *Cat. Mi.* 70, 8-10.

Pero hagamos un inciso sobre el tratamiento de los personajes femeninos. Los hechos y los dichos de los antiguos se convierten en un espejo en que se pueden y se deben inspirar los caballeros de la ficción literaria y, por extensión, los lectores de la misma. Aparentemente, la visión que nos ofrecen es la de un mundo dominado por el esfuerzo varonil, pero Silva no olvida el dibujo ejemplar de las mujeres romanas. Ahora bien, de ellas no se nutre el autor cuando tiene que aludir al tema sentimental, ya que para ello existe otra materia, la troyana, mucho más apropiada. Entre las romanas a las que recurre Silva, Lucrecia es el personaje más frecuentado. Otra fémica celosa de su honra es Cenobia, reina de Palmira, cronológicamente muy posterior, en el segundo libro de la *Cuarta parte* del *Florisel* ejemplo de virtuosa conducta en relación marital con su esposo: “Esta virtud, aunque gentil, guardó la reina Zenobia, que no consentía más deleite ni conversación del rey de cuanto se sentía preñada”(XLV, lxxxv)<sup>14</sup>. Diferentes son los casos de Clelia y Porcia, que fueron modelos de valor equiparables a los masculinos, como se deduce también de la caracterización que de ambas hace Valerio Máximo, al decir de la primera: *uiris puella lumen uirtutis praeferendo* (3, 2, 2), “una muchacha como ella mostró a los hombres la luz de su valor”, y de la segunda: *Cuius filia minime muliebris animi* (3, 2, 15), “su hija estaba dotada de un espíritu nada femenino”.

Una anécdota que aparece en Plutarco, *Demetr.* 38, y en Valerio Máximo, pero dentro de sus ejemplos de personajes extranjeros (5, 7, ext. 1), es la del médico Erasístrato, que descubrió la enfermedad de amor de Antíoco, hijo de Seleuco, rey de Siria, por su madrastra Estratonice, e informó al rey, quien le cedió su mujer a su hijo: “con más nueva cura que Erassistriato médico halló al hijo del rey Seleuco” (*FN IV, II, IX, xix*<sup>v</sup>). Seleuco fue uno de los generales de Alejandro que se distribuyeron su herencia territorial.

En las referencias clásicas que Silva disemina a lo largo de sus obras, se encuentran algunos errores. El más llamativo, en *Florisel III*, donde encontramos la siguiente anécdota:

Y de aquí vino aquel notable dicho de Demóstenes, cuando, trayéndole casamiento para su hija de un hombre pobre de persona y rico de hacienda, dixo que más quería hombre sin dinero que dinero sin nombre. Por cierto es dicho de filósofo tan noble como él lo fue... (“Proemio”, p. 4).

<sup>14</sup> Como podemos leer en la *Historia Augusta* (Treb. Tyr. 30), la principal fuente junto con Eutropio, obras históricas de la latinidad tardía, pues fue derrotada por Aureliano en 272 d. C. Su tradición se remonta a la Edad Media, y no sólo es modelo de castidad, sino también de valor militar, como en el *Tirant lo Blanc* (Pomer, 2000: 121).

La cita, ciertamente exacta, se puede hallar en Valerio Máximo (7, 2 (ext.), 9): *cui is “malo” inquit “uirum pecunia quam pecuniam uiro indigentem”*, y en Cicerón, *De off.* 2, 71: *“Ego vero, inquit, malo virum, qui pecunia egeat, quam pecuniam quae viro”*. Pero se refiere al general ateniense Temístocles, de ahí su aparición en la biografía de Plutarco de dicho personaje, 18, 8, así como en *Mor.* 185D<sup>15</sup>. Ni uno ni otro eran, ciertamente, filósofos, aunque aquí parece más bien un sinónimo de sabio<sup>16</sup>.

Demostración de la poca importancia de la historia en sí en los propios autores morales clásicos es otra anécdota que se encuentra en la *Cuarta parte* de *Florisel*. Silva compara lo que le pasa a Fenisbela, “al revés de aquella romana que llorando a su hijo, que le avían dicho ser muerto en la batalla de Canas y, viéndolo venir vivo con el súbito plazer murió” (I, XLVII, lvii<sup>v</sup>). En Valerio Máximo (9, 12, 2) se narra referida a otra derrota romana frente a los cartagineses en la Segunda Guerra Púnica, la de Trasimeno; en Aulo Gelio (3, 15, 4), en cambio, se halla referida a Cannas, como en Silva.

El legado romano ofrece pautas modélicas que los personajes de Silva pueden seguir con tal de salir airosos ante cualquier situación. Sin embargo, considerando que en los textos caballerescos los eventos más frecuentes son de tipo bélico, la tradición clásica se convierte en un rico manantial para aprender del arte militar. Por eso cuando Silva quiere alabar la destreza en el manejo del arco del rey de Susiana, uno de los caballeros principales de la *Cuarta parte* del *Florisel de Niquea*, lo compara con aquel emperador Cómodo, del cual se dice, “conforme a Erodiano,[que] tuvo admirable gracia en el tirar de la flecha, según muchas veces en fiestas lo mostró, en el público anfiteatro de Roma, donde uvo día que mató más de cien fieras, heridas por la parte que dezía quererlas herir, y las avestruces bolando con flechas de luneta les cortava las cabeças” (FN IV, I, LXXIX, cxii<sup>v</sup>)<sup>17</sup>. No obstante, a pesar de la excepcionalidad de algunos individuos romanos en la práctica de la guerra o en el manejo de las armas, lo más habitual es que Silva recuerde, sobre todo, la experiencia de los antiguos a la hora de afrontar cualquier batalla como un colectivo. Por eso, son los líderes de grandes ejércitos los que se aprovechan de las enseñanzas del pasado para arengar a sus tropas. Por ejemplo, Falanges de Astra destaca la gran importancia de los capitanes en la resolución de un combate, basándose en “un dicho de Cabrias, que dixo

<sup>15</sup> También en Diodoro Sículo, 10, 32.

<sup>16</sup> El epíteto “filósofo” era asignado indistintamente a las autoridades clásicas, independientemente del género literario que cultivaran, como se observa, por ejemplo, en las traducciones en España. Por ejemplo, Apuleyo es “philosopho prudente y grave”, Virgilio “philosopho heruditíssimo” (Beardsley, 1979: 56).

<sup>17</sup> Esta noticia se halla, en efecto, en el historiador Herodiano, 1, 15.

viendo un poderoso ejército sin capitán, que vía una gran fiera sin cabeza” (FN IV, I, LXII, lxxxviii<sup>f</sup>). Igualmente decisiva en el éxito de cualquier campaña militar es la unidad de los ejércitos durante una batalla. De ahí que el rey de Rusia, antes de iniciar el ataque a la ínsula de Guindaya, recuerda a sus hombres “lo que aquel Escisuro Citha enseñó a ochenta hijos que dexó al tiempo de su muerte, dándoles a quebrar un manojo de varillas juntas, y como cada uno d’ellos no las pudiese quebrar, el muy doliente las tomó y una a una las quebró, queriendo significar que estando juntos y en una voluntad prevalecerían, y si se dividiesen, enflaquecerían y perder se ían” (FN IV, I, LIV, lxxiv<sup>f</sup>)<sup>18</sup>. Otros ejemplos esgrimidos por Silva tenderán a desconfiar del hecho de que la superioridad numérica frente al enemigo es garantía segura de victoria, pues son varios los reyes famosos que sucumbieron a pesar de la temeridad de sus fuerzas: “¿Quién pensó que los ejércitos de Xerxes en un día por seis mil griegos fuesen rematados? ¿A quién pasó por pensamiento que las pérsicas fuerças de la multitud del rey Darío en tan breve tiempo por Alexandre fuesen sojuzgadas? ¿Quién pensó que los innumerables ejércitos del rey Tigranes en un día por diez mil romanos se desbaratasen?” (FN IV, I, LXXXVI, cxxvi<sup>v</sup>).

En estos últimos ejemplos vemos personajes relacionados con la historia griega clásica, como Cabrias y Jerjes –mención aparte merece, por supuesto, la figura de Alejandro y los personajes de su entorno como el rey persa Darío o su pintor Apeles–, junto a otros de la historia de Roma, como el emperador Cómodo, cuya cita de Herodiano nos sorprende por no ser habitual nombrar la fuente, y Tigranes. Aparecen también algunos personajes que podemos denominar “literarios” por pertenecer a obras clásicas muy conocidas, como el episodio de Afranio y el asedio de Ilerda en *De bello Gallico* de Julio César, que guarda un parecido superficial con el original<sup>19</sup>, el personaje de Catilina o referencias a la comedia *Amphitruo* de Plauto: “pues yo no veo ante mí al dios Mercurio para que me haga juzgar por otro yo como hizo a Sosia, para poder gozar de los amores de la muger de Amphitruon”. Son escasas las referencias mitológicas, como la de Acteón: “no me maravillara

<sup>18</sup> Se trata de Esciluro, rey de los escitas, y esta anécdota aparece en Plutarco, *Mor.* 174 F y 511 C. Esopo, en la fábula 86, la refiere a un labrador. Sobre la influencia de Esopo en Plutarco, cf. García Gual (1994). La intencionalidad moral y la *brevitas*, adecuadas para proporcionar ejercicios a las escuelas retóricas, de este género literario, motivaron su éxito ya en la Edad Media como texto escolar, pero la fábula propiamente esópica no llegó a Occidente hasta el paso de los siglos XIV al XV, siendo uno de los autores clásicos más traducidos en España a partir del Renacimiento.

<sup>19</sup> Como se puede comprobar comparando el final del libro I de la *Guerra Civil* donde se narran estos hechos con el texto siguiente: “Aconteciome lo que a los soldados de Afranio en la insaciable sed, que tomaron en el cerco que Julio César cabe Lérida les hizo, que quando tuvieron libertad de baxar al río bebían para reparar la sed tanto que primero desamparavan la vida que el calor en las entrañas llenas de agua los desamparava” (FN IV, II, xxxvi, lxxv<sup>v</sup>).

yo del sacrificio qu'el desconocido Anteón de sus canes hizieron" (*FN* II, IV, cxxxvi<sup>v</sup>).

En conclusión, cualquier excusa es buena para introducir una anécdota, un ejemplo, una sentencia. Las abundantes citas de la historia romana y, en menor medida, de la griega, muestran la dependencia respecto a una tradición de literatura moral de la Antigüedad Clásica, protagonistas de una serie de compendios o colecciones de dichos y hechos que ya circulaban en la Edad Media, pero que tomaron un cariz distinto con la llegada del Renacimiento, merced a las traducciones de las obras clásicas a las lenguas nacionales y la edición de los Antiguos propia del humanismo, a lo que contribuyó el descubrimiento de la imprenta. Aquí es donde hemos centrado nuestro trabajo, sobre todo en la literatura apotegmática, cuyas colecciones mayores son las de dos historiadores romanos, uno de lengua griega y otro latina, Plutarco y Valerio Máximo respectivamente. Mucho tuvieron que ver en la elaboración de estos textos los *Progymnasmata* o pequeños manuales de ejercicios retóricos de Aftonio, Hermógenes y Teón, divulgados por España junto con algunas pocas retóricas "autóctonas" dependientes en mayor o menor medida del texto de Aftonio. Silva, pues, así como los escritores coetáneos y los del Siglo de Oro, no eran humanistas, pero se valieron de los instrumentos que proporcionaban éstos y tuvieron más facilidades que los escritores medievales en disponer de textos latinos, aunque sus fuentes no parecen, en ningún caso, directas. Todo lo dicho no impide que buena parte de las mismas tenga puntos de contacto con las de los autores nacionales de la Edad Media, como se desprende de la influencia de la figura de Alejandro Magno, los personajes de las *Crónicas Troyanas* como Héctor, Aquiles y Príamo, o las figuras de Aníbal y Escipión; el propio Valerio Máximo es un historiador cuya tradición se remonta a una época anterior. A través de estas miradas retrospectivas hacia el legado clásico Silva demostraba algunas de sus aficiones lectoras, y aunque tuviera muy asumido que sus crónicas caballerescas eran ficticias, no renunciaba a barnizarlas con el prestigio y la autoridad que le brindaba su conocimiento de la tradición romana. El escritor que intentaba satisfacer por vías diversas y plurales las inquietudes de su público también podía elevarse por encima de las exigencias "comerciales", reivindicando, a partir de estas referencias cultistas, su propia faceta como creador y como lector atento a los gustos artísticos del momento.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Cortés, N. (1933). "Feliciano de Silva", *Boletín de la Real Academia Española* 20: 382-404.  
Baranda, C. (1988). "Introducción". In: Feliciano de Silva (1988): 27-100.

- Beardsley, Th. S. (1979). "La traduction des auteurs classiques en Espagne de 1488 a 1586, dans le domaine des belles-lettres". In : A. Redondo (ed.) (1979): 51-64.
- Blecua, A. (1979). "La literatura apotegmática en España". In: A. Redondo (ed.) (1979): 119-132.
- Fogelquist, J. D. (1982). *El 'Amadís' y el género de la historia fingida*. Madrid: José Porrúa Turanzas.
- García Gual, C. (1994). "Esopo en Plutarco". In: M. García Valdés (ed.) (1994): 605-614.
- García Valdés, M. (ed.) (1994). *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas. Actas del III Simposio Internacional sobre Plutarco*. Madrid: Ediciones Clásicas.
- Gómez Redondo, F. (1989). "Historiografía medieval: constantes evolutivas de un género", *Anuario de Estudios Medievales* 18: 3-15
- Lasso de la Vega, J. S. (1961-62). "Traducciones españolas de las *Vidas* de Plutarco", *EECC* 6: 451-514.
- Lawrance, J. N. H. (1986). "On Fifteenth-Century Spanish Vernacular Humanism". In: I. Michael & R. A. Cardwell (eds.) (1986): 63-79.
- López Férez, J. A. "La traducción castellana de las *Vidas* realizada por Alfonso de Palencia". In: M. García Valdés (ed.) (1994): 359-369.
- Mérida Jiménez, R. M. (1999). "Las historias fingidas de Garci Rodríguez de Montalvo", *Thesaurus* 54/1: 180-217.
- Michael, I. & R. A. Cardwell (eds.) (1986). *Medieval and Renaissance Studies in Honour of Robert Brian Tate*. Oxford: The Dolphin Book.
- Pomer Monferrer, L. (2000). "Reminiscències explícites de l'Antiguitat Clàssica al *Tirant lo Blanch*", *SPhV* 4, n. s. 1: 117-138.
- Reche, M. D. (1991). *Teón, Hermógenes, Aftonio. Ejercicios de retórica*. Madrid: Gredos.
- Redondo, A. (ed.) (1979). *L'humanisme dans les lettres espagnoles*. París: J. Vrin.
- Sales Dasí, E. J. (2002). "Introducción". In: Feliciano de Silva (2002): 9-36.

## TEXTOS

- Rodríguez de Montalvo, G. (1987-88). *Amadís de Gaula*. Ed. de J. M. Cacho Blecua. Madrid: Cátedra.
- Silva, F. de (1549). *Amadís de Grecia*. Sevilla: Jacome Cromberger.
- Silva, F. de (1532). *Primera y Segunda parte del Florisel de Niquea*. Valladolid: Nicolás Tierri.
- Silva, F. de (1999). *Tercera parte del Florisel de Niquea*. Ed. de J. Martín Lalanda. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.

Silva, F. de (1568). *Cuarta parte del Florisel de Niquea*. Zaragoza: Pierrez de la Floresta.

Silva, F. de (1988). *Segunda Celestina*. Ed. de C. Baranda. Madrid: Cátedra.

Silva, F. de (2002). *Lisuarte de Grecia*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.